

5^o

Encuentro

Los laicos, presencia de Dios en el mundo



Hechos de los Apóstoles 6, 1-7

¡¡Dadles vosotros de comer!!





I. Comenzamos invocando juntos al Espíritu Santo

V. Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

R. Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

V. Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo, haznos dóciles a sus inspiraciones para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor.

R. Amén



II. Leemos la Palabra de Dios que interpela a nuestra comunidad

Hch 6, 1-7

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas. Los Doce, convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron: «No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra». La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando.

La palabra de Dios iba creciendo y en Jerusalén se multiplicaba el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe.





III. Para la reflexión personal a la luz de la Escritura



- ➔ ¿Qué servicio prestas en tu parroquia? ¿De qué manera has sido llamado a ejercer ese servicio? ¿Crees que Dios ha tenido algo que ver?
- ➔ ¿Cómo evalúas el ejercicio de tu servicio? ¿De qué cosas te sientes más satisfecho y qué cosas crees que deberías cambiar o mejorar?
- ➔ ¿Experimentas también una llamada a ser presencia de Cristo, además de en tu parroquia, como evangelizador en el mundo? ¿Cómo lo llevas a cabo?



IV. Meditamos la Palabra de Dios

1. ¿Qué dice el texto?

Después del episodio de la oración de la comunidad en el momento de la persecución, que vimos en la sesión anterior, san Lucas nos cuenta de nuevo, por dos veces cuál es el modo de vida de la comunidad, en lo que se conoce como “sumarios” (Hch 4, 32-37; 5, 12-16). Además, narra el caso de un matrimonio que no es capaz de caminar según este modo de vida (Hch 5, 1-11). También encontramos un nuevo prendimiento de algunos discípulos y una nueva experiencia delante del Sanedrín (Hch 5, 17-42).

A continuación, san Lucas nos cuenta una dificultad nacida en el interior de la comunidad: los cristianos

griegos se quejaban debido a que, en el servicio llevado a cabo por los cristianos hebreos, sus viudas no eran atendidas (las viudas eran personas necesitadas y vulnerables, puesto que habían perdido a su marido, que era el que mantenía a la familia; con la muerte del marido, la viuda pasaba, normalmente, a un estado de pobreza). El motivo de esta falta de atención era el aumento de discípulos conversos, con lo cual no daban abasto con todo (Hch 6, 1). Para resolver el problema, la comunidad no duda en realizar una reestructuración interna, proponiendo elegir a siete varones que se dedicaran exclusivamente al servicio de las viudas, para que los Doce pudieran seguir dedicándose a la oración y al servicio de la palabra (Hch 6, 3-4).

Esta medida les parece bien a todos, y se lleva a cabo la elección de esos siete hombres, que debían tener buena fama y estar llenos de espíritu y sabiduría. Los apóstoles les imponen las manos, en oración, con lo cual da inicio la nueva misión (Hch 6, 5). De esta manera, la unidad y la paz se reestablecen en la comunidad. De estos siete elegidos, el libro de los Hechos de los Apóstoles narrará, en los capítulos siguientes, el discurso final de Esteban y su martirio (Hch 7) y algunos encuentros de Felipe con extranjeros, fuera de Jerusalén (Hch 8).

Esta corresponsabilidad y el deseo de un buen desarrollo de la comunidad, entre otras cosas, consiguen que el número de discípulos crezca, al mismo tiempo que la palabra de Dios se expandía (Hch 6, 7).

2. ¿Qué dice el texto a nuestra comunidad?

Lector 1:

La Iglesia, en sus comienzos, tuvo que aprender a organizarse y coordinarse para poder llevar a cabo adecuadamente la misión encomendada por Jesús. Para ello, ante los problemas que surgían y que dificultaban su eficacia, buscaban y proponían soluciones en comunidad, siempre de cara a Dios. De este modo, fueron surgiendo los diversos ministerios necesarios para el adecuado funcionamiento de la comunidad.

Como en aquel tiempo, también nuestra Iglesia hoy necesita coordinarse y actuar corresponsablemente en su interior y en medio del mundo, según las necesidades que se van planteando. En concreto, podemos hablar de la necesidad de evangelización y misión de catequesis, de gobierno, coordinación, celebración de la fe, atención a los pobres, entre otros. De este modo, el Señor la ha dotado de una amplia variedad de ministerios, es decir, de servicios. Toda la Iglesia es ministerial, pues toda ella es servidora; pero cada miembro, en concreto, es llamado a servir de un modo específico, en su comunidad y en el mundo.

El servicio a la Iglesia es tarea y responsabilidad de todos los bautizados. Algunos de ellos reciben una llamada al ministerio ordenado, para que, como diáconos, sacerdotes u obispos, sirvan a las comunidades en la persona de Cristo; otros, la inmensa mayoría, reciben la llamada desde el bautismo a ser testigos seculares (laicos y seculares), a servir a la Iglesia en medio del mundo, a ser testigos del amor de Dios en cada rincón de la tierra, allí donde se encuentren. Todo ministerio es igual de importante, porque en todos ellos se expresa la riqueza de la Iglesia y la respuesta generosa a Dios que nos llama a ser misioneros evangelizadores.

Canto: Iglesia peregrina

Lector 2:

Puesto que la inmensa mayoría de



los que estamos reunidos somos laicos, vamos a dedicar un amplio espacio a hablar de nuestra llamada y nuestra labor en la Iglesia. Para ello, daremos unas pinceladas a partir de la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II; nuestra referencia será el capítulo IV, que trata sobre los laicos.

→ Los laicos, incorporados por el Bautismo a Cristo y a la Iglesia, ejercen en ella y en el mundo la misión de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en los deberes y ocupaciones del mundo, en la familia y en la sociedad, y allí están llamados por Dios para santificar el mundo y manifestar a Cristo ante los demás mediante el testimonio de su vida, con la gracia del Espíritu Santo, para que todo se realice y progrese conforme a Cristo y para gloria de Dios.

Canto: Iglesia peregrina

Lector 3:

→ Los laicos están llamados a contribuir, con las fuerzas recibidas de Dios, al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación; su apostolado es participación en la misión salvífica de la Iglesia. Los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, comunican y alimentan el amor a Dios y a los hombres, que es el alma del apostolado. Los laicos están llamados a hacer presente a la Iglesia en los lugares y circunstancias donde sólo ellos pueden llegar a ser sal de la tierra. Así, todo laico se

convierte en testigo e instrumento de la misión de la Iglesia.

Lector 4:

→ Puesto que esta misión es conferida por Cristo, Él mismo vivifica a los laicos con su Espíritu y los impulsa a toda obra buena y perfecta. Él mismo los hace partícipes de su oficio sacerdotal para que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo, el descanso de alma y cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las pruebas de la vida, se convierten en sacrificios espirituales, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos consagran el mundo a Dios.

Canto: Iglesia peregrina

Lector 5:

→ Cristo cumple su misión profética también por medio de los laicos, a quienes constituye en testigos para que el Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social. Están llamados a pregonar la fe cristiana en todo momento y lugar. En esta tarea resalta el gran valor de aquellos que viven en un estado matrimonial y familiar. Los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana, con su ejemplo y su testimonio, denuncia el pecado del mundo e ilumina a los que buscan la

verdad. Por consiguiente, los laicos pueden y deben evangelizar el mundo con su actividad, contribuyendo al crecimiento del reino de Dios en él.

Lector 6:

→ Los laicos, en las ocupaciones ordinarias, deben ayudarse mutuamente a obtener una vida más santa, de tal manera que el mundo se llene del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la caridad. Deben contribuir a que los bienes creados sean promovidos mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil, para utilidad de todos los hombres, sean mejor distribuidos entre ellos y conduzcan al progreso universal. Así, Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará con su luz a toda la sociedad humana. Del mismo modo, los laicos deben estar unidos para sanar las estructuras y los ambientes del mundo cuando inciten al pecado. De este modo, impregnarán de valor moral la cultura y las realizaciones humanas, y ayudarán a preparar el mundo para la siembra de la palabra divina y para que la Iglesia pueda introducir su mensaje de paz. En cualquier asunto temporal, deben guiarse por la conciencia cristiana, pues ninguna actividad humana puede estar apartada de Dios.

Canto: Iglesia peregrina

Lector 7:

→ Los laicos tienen el derecho de recibir de los sagrados Pastores los auxilios de los bienes espirituales de

la Iglesia, en particular la palabra de Dios y los sacramentos. Tienen la facultad y el deber de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia. Los laicos, siguiendo el ejemplo de Cristo obediente, deben aceptar con prontitud, en obediencia cristiana, aquello que los Pastores sagrados, en cuanto representantes de Cristo, establecen en la Iglesia en su calidad de maestros y gobernantes. Esto traerá mucho bien a la Iglesia.

Lector 8:

→ Cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo. Todos juntos y cada uno de ellos deben alimentar al mundo con frutos espirituales y difundir en él el espíritu de que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor en el Evangelio proclamó bienaventurados.

Canto: Iglesia peregrina

3. ¿Qué nos dice el Papa Francisco?

Somos *Pueblo de Dios*, invitados a vivir la fe, no de forma individual ni aislada, sino en la comunidad, como pueblo amado y querido por Dios. Le pertenecemos, y esto implica no sólo haber sido incorporados a Él por medio del bautismo, sino vivir en coherencia con ese don recibido. Para ello es fundamental tomar conciencia de que formamos parte de una comunidad



cristiana. No somos una agrupación más, ni una ONG, sino la familia de Dios convocada en torno a un mismo Señor. Recordar esto nos lleva a profundizar cada día nuestra fe: un don que se vive en la acción litúrgica, en la oración común de toda la Iglesia y que debe ser anunciado. Es el pueblo convocado por Dios, que camina sintiendo el impulso del Espíritu, que lo renueva y le hace volver a Él, una y otra vez, para sentirnos cosa suya.

Y este Pueblo de Dios *en salida* vive en una historia concreta, que nadie ha elegido, sino que le viene dada, como una página en blanco donde escribir. Está llamado a dejar atrás sus comodidades y dar el paso hacia el otro, intentando dar razón de la esperanza (cf. 1 P 3,15), no con respuestas prefabricadas, sino encarnadas y contextualizadas para hacer comprensible y asequible la Verdad que como cristianos nos mueve y nos hace felices.

Para ello, se necesita esa libertad interior capaz de dejarse tocar por la realidad de nuestro tiempo y tener la valentía de salir a su encuentro. El mandato misionero es siempre actual y vuelve a nosotros con la fuerza de siempre, para hacer resonar la voz siempre nueva del Evangelio en este mundo en el que vivimos, particularmente en esta vieja Europa, en la que la Buena Noticia se ve sofocada por tantas voces de muerte y desesperación.

La Palabra viva de Dios necesita ser predicada con pasión y alegría a través

del testimonio cristiano para poder derrumbar hasta los muros más altos que aíslan y excluyen. Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos en el mundo de la cultura, de la política, de la industria... que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo. Y les pido, por favor, que eviten a toda costa las “tentaciones” del laico dentro de la Iglesia, que pueden ser: el clericalismo, que es una plaga y los encierra en la sacristía, como también la competitividad y el carrerismo eclesial, la rigidez y la negatividad..., que asfixian lo específico de su llamada a la santidad en el mundo actual.

Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: “Vayan y prediquen el Evangelio” (cf. Mt 28,19).

Fragmento del mensaje del papa Francisco a los participantes en el congreso nacional de laicos en España 14 de febrero de 2020



V. Para la reflexión comunitaria

Identifiquemos en qué ámbitos y de qué modo participamos los laicos de nuestra comunidad en la parroquia y cómo nos hacemos presentes en el mundo.



VI. Oramos al Señor pidiendo la intercesión de nuestra Madre

Oh Virgen Santísima, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, con alegría y admiración nos unimos a tu Magnificat, a tu canto de amor agradecido.

Contigo damos gracias a Dios, “cuya misericordia se extiende de generación en generación”, por la espléndida vocación y por la multiforme misión confiada a los fieles laicos, por su nombre llamados por Dios a vivir en comunión de amor y de santidad con él y a estar fraternalmente unidos en la gran familia de los hijos de Dios, enviados a irradiar la luz de Cristo y a comunicar el fuego del Espíritu por medio de su vida evangélica en todo el mundo.

Virgen del Magnificat, llena sus corazones de reconocimiento y entusiasmo por esta vocación y por esta misión.

Tú que has sido, con humildad y magnanimidad, “la esclava del Señor”, danos tu misma disponibilidad para el servicio de Dios y para la salvación del mundo. Abre nuestros corazones a las inmensas perspectivas del reino de Dios y del anuncio del evangelio a toda criatura.

En tu corazón de madre están siempre presentes los muchos peligros y los muchos males que aplastan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Pero también están presentes tantas iniciativas de bien, las grandes aspiraciones a los valores, los progresos realizados en el producir frutos abundantes de salvación.

Virgen valiente, inspira en nosotros fortaleza de ánimo y confianza en Dios, para que sepamos superar todos los obstáculos que encontremos en el cumplimiento de nuestra misión. Enséñanos a tratar las realidades del mundo con un vivo sentido de responsabilidad cristiana y en la gozosa esperanza de la venida del reino del Dios, de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

Tú, que junto a los apóstoles, has estado en oración en el cenáculo esperando la venida del Espíritu de Pentecostés, invoca su renovada efusión sobre todos los fieles laicos, hombre y mujeres, para que correspondan plenamente a su vocación y misión, como sarmientos de la verdadera vid, llamados a dar mucho fruto para la vida del mundo.

Virgen madre, guíanos y sosténenos para que vivamos siempre como auténticos hijos e hijas de la Iglesia de tu Hijo y podamos contribuir a establecer sobre la tierra la civilización de la verdad y del amor, según el deseo de Dios y para su gloria. Amén.

Fragmento de la oración de Juan Pablo II en Christifideles Laici